

MI GRAN PASIÓN LITERARIA ES ÁLVARO CUNQUEIRO

J. Miguel Giráldez

El escritor Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo), acaba de presentar en Madrid su última colección de relatos, *Las ciudades de Poniente*, premio Torrente Ballester de la Diputación de A Coruña en su última edición. El autor, sobradamente conocido como avezado relatista, habló largamente con EL CORREO GALLEGO, y contó su experiencia profesional en la jungla de Madrid, sus amistades irrompibles y sus pasiones literarias. Porque, antes de nada, Antonio Pereira es un apasionado ser humano, en el que aún laten los inviernos de Villafranca del Bierzo, la magia de las calles y las tertulias cálidas e interminables de las bodegas, donde aprendió tanto. En las dos páginas que siguen, Pereira, consagrado ya como maestro en el género del cuento, habla de su admiración por Cunqueiro y por Otero Pedrayo. Y dedica divinas palabras al poeta lucense Manuel María, o a Novoneyra, el cantor del Courel. Gran parte de la historia literaria de España, y también de América, surca por la memoria intensa de Antonio Pereira. Y todo explicado con la medida palabra de un orfebre del idioma. Porque Pereira engarza palabras como un joyero, trama sus textos con la minuciosa parsimonia del relojero, para que todo funcione, no por magia, sino porque conoce los arcanos literarios. La maquinaria.

Antonio Pereira está parapetado en su casa de Madrid mientras pasa el fantasma del invierno, mirando al norte, como si fuera una religión. Igual que los árabes se orientan hacia la Meca. Pereira se orienta hacia el norte. Incluso desde Madrid, Pereira tiene la vista en las verdes praderas de Villafranca, que él asegura ver desde la ventana, y uno, claro, no va a contradecirle.

Es que Antonio Pereira es un fabulador, un viejo contador de historias, criado al abrigo de montañas abruptas, de arroyos rumorosos, de tabernas oscuras de la tarde, un chamán de las tribus bercianas que conserva en su voz el misterio perdido de los vocablos, que guarda celosamente el arcano de la literatura cuidadosamente ensamblada, como si fuera en realidad un viejo relojero barbado, colocando tornillos aquí y allá, engastando piezas como joyero, tal vez un avezado componedor de tipos, o un minador de damasquinados de infinita paciencia en la soledad de los patios, siempre en tardes de lluvia o de tormenta, Pereira, el Pereira de *Picassos en el desván*, o éste de ahora, de *Las ciudades de Poniente*, que viene de ganar premio Torrente Ballester en A Coruña, es ante todo un contador de historias. De minuciosas y sorprendentes, quizás verídicas historias, pero eso tampoco nos importa. El caso, es que le saco de la siesta.

-Usted, como Cela. A lo mejor es que la siesta le sienta bien a los escritores.

-Hombre, no creo que sea una peculiaridad celiana, salvo por lo del pijama y el orinal. Yo me hago grandes siestas, que es una institución española de singular relevancia. El gran mentor de la revista Espadaña, el cura leonés Antonio González de Lama, me envidiaba mucho, porque en tiempos me echaba unas siestas muy serias, que incluyan afeitado somero al levantarme, por el qué dirán. "Así vive usted dos días", me decía González de Lama.

-Y además, la siesta de nivel, la siesta reparadora y total, le deja a usted tiempo para escribir de noche, que los escritores son muy dados a la noche y sus silencios.

-No, no. Yo no soy de la noche. Los hay noctívagos y los hay también madrugadores. Y los hay, claro, totalmente caóticos. Yo, en las primeras horas de la noche, ya pretendo acostarme, porque me acosa el cansancio. Cuando mejor escribo, que no quiere decir que sea cuando escribo mejor, suele ser por la mañana.

- Yo dice usted en su último libro que las primeras horas de la noche son difíciles de sobrellevar, si no es con buena compañía y un vaso de buen vino.

-Hombre, sí. Hay una definición de poesía de Ramón, el gran Gómez de la Serna, que a mí me gusta mucho. Dice: "La poesía, ese hiperespacio que Dios nos concede para que no sean tan sórdidas las ocho de la noche". Y es que las ocho de la noche, coño, es una hora bien difícil. A ver qué va a hacer uno, como no sea beberse unos vasos de vino en compañía por las tabernas. Y hablar. A los del Bierzo, lo que verdaderamente nos gusta es hablar.

-Claro, porque usted, al igual que otros, escritores leoneses Luis Mateo Díez, por ejemplo, viene de una tradición oral, del cuento, ante el fuego. Ante la mesa puesta. Yo creo que eso se le nota.

-Sin la menor duda, amigo. En el cuento, la oralidad es algo muy importante. Yo, si no estoy muy seguro del cuento escrito, lo que hago es leerlo. Llamo a un amigo y se lo leo, o les hago venir aquí. O me lo leo a mí mismo, y eso me da el tono, el metal del cuento, y me dice cómo va el acabado de la pieza. Hombre, yo no tengo una herencia cultural como los filandones o los calechos, que eso es más de Luis Mateo. Yo he escuchado muchas historias, en las bodegas, en las tabernas donde ponen una rama de laurel y anuncian que allí se vende vino de la casa. Allí se cuentan buenas historias, sí.

-Hasta que llega el hijo, con el master en USA, y jode el negocio.

-Eso, ja, eso, (y se muere de risa) Gracias por leerme con tanta atención. Sí, esa es una historia divertida de *Las ciudades de Poniente*, y no es inverosímil. Siempre llega el hijo estudiado que echa por tierra la sabiduría del padre.

-Entonces sucede que usted tiene mucho de Villafranca del Bierzo, esa ciudad singular. Porque está a caballo de la bruma y el sol, de la montaña y los páramos. Se podría decir que Villafranca es una ciudad fronteriza.

- Sí, es una frontera mítica, Ahora se prepara una conmemoración para el Padre Sarmiento, que muchos creen gallego, pero que nació en la Calle del Agua de Villafranca. Y luego, pues fíjese usted, estamos hablando de la ciudad del poeta Ramón González Alegre, que murió en Vigo (donde había fundado la revista *Alba*, en la misma época de *Espadaña*), y la ciudad, de Enrique Gil y Carrasco, o de Ramón Carnicero o del poeta Juan Carlos Mestre, o del compositor Cristóbal Halffter. Qué vamos a decir.

- Y luego está el paisaje tan decisivo.

-Claro, claro. El paisaje es un estado de ánimo, que decía mi maestro Ricardo Gullón. El color, la luz, el sabor. Todo lo que enseorea los sentidos. Yo nací por casualidad en Villafranca, porque uno siempre nace por casualidad, para qué nos vamos a engañar, aquí o allá, pero mi padre era hijo de unos ferranxeiros de las montañas de Fonsagrada, gente recia y adusta, que por septiembre bajaba a Lugo al San Froilán, y fue cuando yo los conocí. Entonces ahí tengo yo mi ascendencia gallega. El mestizaje cultural siempre me parece muy fecundo, muy necesario.

-Hasta que un buen día abandona el paisaje de la infancia para bajar a Madrid, a la corte, donde todo se decide. Un viaje iniciático para el escritor de provincias, que, luego regresa, triunfador o apaleado, según los casos, y busca la influencia recuperada como dice Savater

-Yo estoy volviendo siempre. En Madrid la gente de provincias suele vivir en los barrios, más próximos a su tierra. Y así los andaluces viven Atocha abajo, que ya empieza uno a oler allí el aceite en las freidurías y a oír andaluz en los trenes que llegan a la Estación de Mediodía. Y yo tengo aquí mi casa, ya ves, en Moncloa, escapándome hacia el norte. Yo duermo y escribo mirando al noroeste. Pero mantengo mi casa en León, y escribo mucho allí. Es que las casas son muy importantes en la vida: ya dicen los ingleses "mi casa es mi castillo".

-Mayormente vuelven ustedes en los veranos, cuando ya verdean los prados y se respira el aire nuevo, y las fiestas populares llenan el calendario. Y eso es volver un poco a la infancia.

-Hombre, sí. El verano sirve mucho para eso. No olvide usted que estamos un poco pillados en la Corte, por otros trabajos, o porque, bueno, esto es una caja de resonancia literaria, quién lo duda, y eso es a veces como una tiranía. Y el teléfono que suena sin cesar, que es un enemigo para el escritor.

-Pues haga usted como Elías Canetti, que trucaba la voz y decía que era su sirvienta.

-Sí, sí, je.... eso hacía. No estaría mal, no. La verdad es que en Madrid hay demasiada liturgia literaria.

La materia de los cuentos

- Y claro, un cuento es algo que hay que escribir en tensión, es cómo una pieza que hay que pulir sin descanso...

-Claro, claro. Eso es muy cierto. Un cuento es algo misterioso, diferente. Yo odiaría que a mis lectores les interrumpiesen un cuento mío con una llamada telefónica. ¡Que pongan el contestador! Un relato es una buena historia latente, bien contada, breve pero intensa. No sé puede romper, ni trocear, ni distraer.

- Y quizá, por eso todos los grandes escritores han compuesto relatos. Alguno habrá generado una novela.

-Sí, pero no creo que haya que estirar artificialmente un relato. Yo no he renunciado a la novela, desde luego. Está, por ejemplo, *El país de los Losada* (Plaza). Que, por cierto, se desarrolla en el territorio mágico del Caurel (el Courel de Novoneyra), tuvo un buen éxito. Pero sí, ahora estoy más en el cuento. Mateo dice que lo que le pasa a mis cuentos es que son muy esmerados. Y yo no soy capaz de echar culo en la silla con una novela. Yo llevo los relatos en el bolsillo y me pongo a corregir en la calle, en el metro, contra una pared. Cosas así. Algo manejable, o sea. Y quizás uno sigue instintivamente aquello que decía Borges de la novela. "un desvarío laborioso y empobrecedor el de escribir en quinientas páginas lo que bien pudiera contarse en diez minutos".

-Y luego está el humor que usted le echa.

-Es que el humor es la salvación del mundo.

-Y Ricardo Gullón aparte, usted reconocerá algunos magisterios en su forma de escribir.

-Sí, claro. Quién no tiene magisterios, influencias. Todos los libros andan vagando por nuestra cabeza. Y la verdad, yo fui un niño precoz en la lectura, allí, en la librería de mi tío y padrino en Villafranca, donde habla títulos insospechados. Yo pude decidir entre Baraja y Valle y, claro, me decidí por Valle. Pero siento admiración por Borges, al que conocí, y desde luego, por Álvaro Cunqueiro.

-Así que usted ha cultivado grandes amistades literarias.

-Sí, claro. Gullón fue sin duda el mejor. Últimamente he perdido a un poeta magnífico, Ramón de Garciasol. Y es que se nos van muriendo poco a poco. Como el cuentista asturiano Mariano Pilares, o el valdeorrés Lauro Olmo. En fin, así son las cosas. Pero yo tuve mucha amistad con Guillermo Díaz-Plaja, que era un hombre muy interesante. Y no puedo olvidar a Jorge Guillén, con una cierta frecuencia también me escribía con Vicente Aleixandre, que como se sabe no salía de su casa. Sólo estuve una vez allí, pero muchos escritores iban a verle.

-Con quienes sí se verá mucho es con la pléyade leonesa en Madrid. ¡Son ustedes famosos como grupo generacional!

-Claro, mucho, mucho. Sobre todo en la Casa de León, que es como un sitio emblemático, en la Calle del Pez. Y luego, pues comemos, cenamos, lo que sea. La verdad es que andan todos muy productivos, muy incesantes. Luis Mateo Diez por ejemplo, está a punto de sacar una amplia novela, creo que será en abril.

-Usted ha ganado algunos premios. ¿Cree en ellos?

-Hombre, a ciertas alturas de la vida son cosas que pueden parecer frivolidades. Pero yo estaba en Villafranca con Las ciudades de Poniente, y decidí ir al Torrente Ballester. Todo lo que rodea ese premio me gusta: la ciudad, que es nuestra eterna promesa del mar, y Torrente, al que admiro. Pero un escritor no puede montar su vida en torno a los premios. Y los hay. ¡Hay concurseros profesionales!